



"EL PERMISO"

Por FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

EL viento de octubre se rompía al paso de los camiones. Las últimas casas de la ciudad, separadas entre sí por estirados muros de adobe y claros rellenos de escombros, quedaban retiradas de la carretera por amplias aceras de tierra. La carretera continuaba recta, montando suavemente el repecho. A lo lejos, paso a paso, iban apareciendo los barracones del cuartel, macizos y de color plomo, perpendiculares a la carretera. De cuando en cuando, en medio de una racha polvorienta, algún matorral reseco y erizado, que venía de las tierras de labranza, atravesaba la carretera dando pequeños tumbos. El humo de las chimeneas desaparecía en medio de violentas volandas. La luz parecía apagarse al paso de las nubes.

Por el lado izquierdo de la carretera, distanciados entre sí por unas docenas de pasos, grupos de dos y de tres soldados, con los macutos bien rellenos de comida casera y muda limpia, caminaban con paso rápido hacia el cuartel, después de disfrutar del permiso de sábado a lunes. Uno de ellos, al adelantarse, les miró con curiosidad y saludó con la cabeza.

Al cuartel quedaban trescientos metros —pasar tres piedras blancas—, y al llegar a la tercera, desviándose a la derecha, al fondo de la calle formada por las

casas y pabellones de los oficiales se veían las dos garitas de los centinelas que franqueaban la entrada. Y en el otro lado de la carretera, formando un bloque alargado, aparecían agrupadas tres o cuatro casas de techos muy acostados y patios traseros murallados. Estas casas hacían las veces de cantina, de depósito de motos y bicicletas, de lavadero de camisas.

—Tú te quedas en casa de la Lala y me esperas. Aunque no me den permiso, saldré como pueda, o te mandó un recado por alguno.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Estás cansada?

—No.

—Es la primera casa. Allí tengo yo buena confianza. Muchas veces cuando me toca pasar las tardes en el cuartel, siempre vengo a merendar.

Una racha de viento les sacó unos toques de corneta.

—¿Vas tarde?

—No. Todavía queda tiempo para pasar lista. Además el sargento de esta semana es buena persona.

Ella sacó de la manga un pañuelo arrebujado, y con una punta se secó el agülla de las narices.

—Ya te has refriado.

—No es nada, es que es muy temprano.

—Espera que pase el coche.

La casa de la Lala tenía una parrá trepadora en la fachada que sólo daba avispa zumbona en verano, y una puerta ribeteada de chapas esmaltadas que anunciaban refrescos y bebidas. En el interior, detrás del mostrador, había dos alacenas; una de tela metálica y la otra de cristal —en la de cristal había pegados dos billetes de moneda alemana, bien poblados de ceros y de manchas de grasa, con fotografías de soldados en posturas muy compuestas y relamidas dedicatorias, y arriba del todo, una estampa de la Virgen iluminada con colores azul y rosa—. En los vasares, empolvados y pringosos, se amontonaban las botellas de coñac, de kola, de anís... En la lata de sardinas que había sobre el mostrador, una mosca aventurera nadaba en el aceite. En el otro extremo, bordeando una mesa de mármol, había motos y bicicletas que parecían sostenerse las unas a las otras.

—Pasa.

—No hay nadie.

—Lala —llamó—, ¿está usted por ahí dentro?

—Igual ha salido.

—Tiene que estar. Lala.

—Ahora voy.

La mujer tardó en salir. Apareció secándose las manos en el delantal.



—Estaba en el patio. ¿Qué quieres?
 —Buenos días. A ver si se puede quedar ésta aquí hasta que yo salga.
 —Claro que sí, siéntate por ahí.
 —Si tardó no te impacientes.
 Ella asintió con la cabeza. La Lala los contemplaba con curiosidad.
 —Hasta luego. Si quieres tomar algo de almuerzo, lo pides.
 Al salir se sentó el gorro en la cabeza, ladeado. Le vino un golpe de tos.

...

Por debajo de los árboles, desde la esquina del cuerpo de guardia, vio que estaba formada la cuadrilla, y simuló llegar corriendo. Se cuadró delante del cabo y con la mano en posición de saludo, dijo:

—¿Con su permiso puedo pasar a filas?
 El cabo pidió a su vez permiso al sargento.
 —Que se ponga atrás, con los que han llegado tarde.
 —Pasa.
 Se colocó el último de la tercera fila. El sargento continuó pasando lista:
 —Oliver.
 —Presente.
 —Bermudes.
 —Este viene de fuera. Creo que tiene permiso del capitán para llegar un poco más tarde, cuando llegue el correo.
 —Cabo, tómale el nombre a éste.
 —¿A Bermudes?
 —A Bermudes y a éste, así aprenderá a hablar cuando le pregunten.
 —Martínez, Nicolás.
 —Presente.
 —García, Juan.
 —Presente.
 —¿Quién es el cabo entrante?
 —Yo, mi sargento.
 —Te pones de acuerdo con éste y me das la hora en que llegan Bermudes y el otro.
 —¿Moneras? Mi sargento.
 —Y Moneras, ¿enteraos? Y los que habéis llegado tarde veremos cuando volvéis a tomar otro permiso de pernocta. Venga, que salgan esos de fila. Cabo, cuéntalos.
 —Cinco, mi sargento.
 —Pues tres para los dormitorios y dos para el cuarto de aseo. Y tú también,

así aprenderás a callar. Cabo, quiero la compañía de postín, ¿enteraos?

—Yo soy el cabo entrante, mi sargento.
 —¿Quién es el cabo responsable de la limpieza?
 —Yo, mi sargento.
 —Pues tú eres el que tiene que darme las cuentas, así que a ver lo que inventas. Cuando pase revista quiero la compañía de domingo.
 —Sí, mi sargento.
 —Mi sargento, ¿podemos pasar a ponernos la ropa de faena? Luego no tenemos tiempo.
 —El que pase que se quede a hacer compañía a éstos. Compañía. Atención. Firmameee. Rompan filas.
 Juan se acercó al sargento:
 —Mi sargento, ¿puedo hablar con usted?
 —Después de fregar vienes y me cuentas lo que quieras, que tú eres el más cuentista de todos. Cabo, a este las letrinas y que rasque el amarillo, ¿enteraos?
 —Sí, mi sargento.
 —Mi sargento...
 —Luego...
 Un soldado se le acercó y le puso la mano en el hombro.
 —Juan, ¿es verdad lo que dicen en el barrijo?
 —Déjame...
 —Luego me lo cuentas, ¿eh?
 —Tú, García. No empieces a despiartarte —dijo el cabo desde la puerta.

...

—Yo ya he terminado lo mío. ¿me puedo ir?
 —Espera que lo vea. ¿Estabas en el cuarto de aseo?
 —Sí.
 —Vamos a ver.
 Abrió la puerta.
 —Podías haber secado esto mejor, parece una piscina.
 Cerró la puerta.
 —¿Me puedo ir ya?
 —Tú sabrás lo que esperas.
 Atravesó la plaza de armas, en un extremo el brigada subayudante pasaba revista a la guardia entrante. Saludó apresuradamente a un teniente, y entró en la cantina. Estaba repleta en aquellas horas.
 —¿Has visto al sargento?
 —Está en la barra. Tú, ¿es verdad lo que dice Antonio?
 —Yo qué sé.
 —Tampoco es para ponerse así. Al fin y al cabo es cosa de hombres.
 Se acercó a la barra.
 —¡Hombre! Aquí está el valiente. ¿Qué quieres?
 —Mi sargento, vengo a pedirle permiso para hablar con el capitán.
 —¿Para qué?
 —Para pedirle dos o tres días de permiso. Tengo que arreglar las cosas con la familia de mi señora.
 El sargento sonrió.
 —Dentro de un rato, a las nueve, cuando vaya a dar la novedad al capitán, te vienes conmigo y veremos lo que decide. Estate atento que yo no voy a ir a avisarte. En cuanto me veas salir... E hizo un gesto con la cabeza.
 —A sus órdenes.

...

—¿Cuándo tienes que volver?
 —El jueves a las ocho.
 Ella tomó la mano, se la sintió muy fría.
 —¿Qué crees que dirá tu madre?
 El se encogió de hombros.
 El viento de octubre se rompía al paso de los camiones.



Ahora
nuevo en España!

**MUM
ROLLETTE**

El número UNO
de los "Rolls-on"
en el Mundo!

DESODORANTE SENSACIONAL

Dedique unos segundos a MUM cada mañana y tendrá la satisfacción de sentirse FRAGANTE, LIMPIA, TRANQUILA y SEGURA, durante todo el día

El desodorante **MUM rollette**

- Seca al instante
- No irrita la piel
- No daña la ropa

Pida MUM ROLLETTE, hoy mismo, con la Bola Mágica en su perfume FLORAL o LAVANDA



RECAMBIO
DE FACIL COLOCACION
Y... MAS BARATO

...ADEMAS,
Los otros DOS productos MUM
bien conocidos

La BARRA o STICK
Desodorante Sólido
y la CREMA "MUM"
con perfume exquisito.

USTED SEÑORA PUEDE "CONFIAR" EN MUM
Ruescas